



engrie con levantar un poco el portallón opuesto, y el toro, atraído por aquel asomo de luz, se encierra él solo... Ya comienza el constante engaño que le aguarda... En estos momentos, cuando se revuelve en el angosto pasillo, se ve de cerca, desde la baranda de arriba, el toro feroz: se le ve brillar la mirada, colérica, rojiza; tiembla el sol en su cuerna, en las cerdas de la rizada testuz, en el alto y acanalado lomo; se oye resoplar el poderoso fuelle de sus pulmones... Los vaqueros callan, los testigos se asombran de este bello espectáculo... Suenan los cencerros y esquilas, mas no es ahora la *jarria* placentera, sino la peligrosa alarma, y el receloso cuidado de que no queden juntos dos toros, y se corneen, y salga malogrado

en tierra lejana, ya no saldrá más que para morir entre una monstruosa algarabía... Los cabestros se han alejado, solos, libres, a la vacada, con su nostálgico son de cencerros y esquilas, y sólo ese rumor orienta el oído hacia la querencia, borrada en la sombra del cajón cerrado y precintado...

El torero de la película agoniza en la cama del casero, mientras llora, asustado, el chico de éste y gira la manivela de la máquina... Fuera, ríe el sol en las encendidas pupilas de las flores...

algún ejemplar... El que más se resiste, el más avisado, es el *Careto*, un bicharraco cárdeno, largo, de pitón de ébano, que se debate y embiste contra las puertas, contra las garrochas y hasta contra el balanceo de las altas cuerdas. Después, en el cajón tenebroso, no hace más que patear y resoplar, y la caja suena profundamente, y vacila sobre sus ruedas de hierro.

Vienen luego el descanso y los comentarios:

—Ese berrendo es un guapo mozo. Treientos kilos.

—Pa romana, er negro, er *Testarúo*; sino que, como tie menos jerramienta, parese menos toro.

—¿Parese meno?—interviene un bromista.— ¡Vaya ese negro a media noche en su arcoba, señó José...!

—¡Oh, la grande *fiega*!—dice un pelicularo.— ¿Aquí no hacer *caceguía* de *togos* a *gifle*...?

Los pelicularos no pierden el tiempo: el tiempo es oro inglés; para ellos es una cinta que corre mucho, y ensayan un rapto de amor flamenco, sacando a una actriz por el ventanillo de la cocina y montándola en un jaco... Tampoco desperdicia el tiempo señó Antonio, el conocedor, tirando de cartera y pretendiendo comprar un cuatralbo que por allí pasta, con las delanteras trabadas. Corre la primera ronda de manzanilla; unos chicuelos juegan entre las adelfas de detrás de la casa, y el *Careto*, en su jaula obscura, pateo, jadeante.

Luego se come, en animado corro, pinchando el pan moreno y la olorosa morcilla con la navaja cabritera; las actrices norteamericanas se chupan los enojados dedos; un mozo de ganadería, que ha empinado más de la cuenta, baila delante de la criada del encerradero, que lleva los platos; y a los postres surge la alcada juerga, el palmoreo, las voces y las risas; y un vaquero, con la honda de hilo de pita a la cintura y el sombrero echado a la cara, sale garbosamente por tangos, sonando como palillos sus recias yemas. Es la juerga castiza, la alegría del oro del sol y del oro del vino, riqueza de estas buenas gentes...

Y allí, en su ataúd, el pobre *Careto*, soliviantado por la jarana, rebrinca sobre los tableros, y bufa, privado de esta luz y de la paz dulce de la dehesa; ya no saldrá sino

José Bruno

(DIBUJOS DE MARTINEZ DE LEON)